

"Del Capitolio a la roca Tarpeya, escribe Ciro Bayo, no hay más que un paso, y esto es aplicable a este vocablo, que de valeroso y sin miedo que significa en la Península, equivale en Bolivia a descarado e insolente". (Vocabulario criollo-español sudamericano).

121. Si hay bolivianos que usan mal la voz *impávido*, también hay argentinos que hacen lo propio, como lo muestra este lugar de *El Borracho*, de Joaquín Castellanos:

¡Comprendes el oprobio y lo soportas,
envilecida estás y estás contenta!
Te has puesto abajo de tu misma afrenta,
impávida gozando en tu abyección.

Quizá, y digo quizá porque el sentido del pasaje no es muy claro, en el último verso se quiere decir que descaradamente se goza en su abyección. (El poeta se refiere a la ciudad de Buenos Aires). Tampoco es muy claro, dicho sea de camino, eso de ponerse abajo de tu misma afrenta. Pero lo indudable es que la voz *impávida* no se emplea en su correcta acepción.

122. De la palabra *impávido*, en su *Diccionario razonado de modos de bien decir* habla en estos términos don Carlos F. Mac Halle: "En América se da a esta voz la acepción de fresco, *descarado*, *desvergonzado*. Su significado propio es atrevido, sereno ante el peligro".

JORGE GUASCH LEGUIZAMÓN.

ORACIONES ADVERBIALES

De lugar. El adverbio relativo usual es *donde*. Antiguamente se usaba también *do*. Su antecedente puede ser un adverbio de lugar, un sustantivo que exprese lugar, un pronombre neutro, o el concepto general expresado por una oración entera: *Allí es donde voy*; *No conocía la ciudad adonde habíamos llegado*; *Esto me dijo, por donde conocí en seguida su intención*; "En Roncesvalles está el cuerpo de Roldán, tamaño como una grande viga, de donde se infiere que hubo doce pares" (*Quijote*, I, 49). Muchas veces el antecedente se

calla por innecesario: *voy donde me llaman*. Otras veces es indeterminado: *Donde las dan, las toman*; *Adonde fueres haz lo que vieres*.

Cuando las relaciones locales expresan movimiento, *donde* puede llevar las preposiciones correspondientes: *Adonde* (escrito como una sola palabra), indica lugar de destino; *de donde*, el de procedencia u origen; *por donde*, el lugar de tránsito; *hacia donde*, la dirección; y *hasta donde*, el límite del movimiento. El lugar de permanencia o reposo se expresa por *en donde*, y más corrientemente por el simple *donde*. Ejemplos: *iba a donde tú sabes*; la familia de donde viene es muy ilustre; no se sabe por donde ha pasado; con la nevada no veíamos hacia donde caminábamos; aquí es hasta donde llegó la inundación del año pasado; el café en donde (o donde) nos reuníamos, no existe ya. El simple *donde* se emplea también en lugar de *adonde*: la playa donde (o adonde) nos dirigimos está cerca de aquí¹.

De modo: Se enlazan de ordinario por medio de *como*. Algunos romanistas las incluyen entre las comparativas, de las cuales no son, efectivamente, más que una variedad. Así como las comparativas ponen en parangón conceptos cuantitativos y cualitativos (adjetivos) contenidos en las dos oraciones que forman el período, las que ahora estudiamos comparan y relacionan modificaciones modales de la acción verbal, es decir, conceptos adverbiales. La comparación denota siempre igualdad o semejanza a diferencia de las comparativas, las cuales pueden expresar igualdad, superioridad o inferioridad.

El antecedente de *como* puede ser alguno de los sustantivos *modo*, *manera*, *arte*, *forma* u otros de sentido semejante: *Ignoraba la forma como había de saludarle*. En este caso equivale por entero a un pronombre relativo. Puede tener como antecedente un adverbio o frase adverbial: *Habló atinadamente, como correspondía a su buen juicio*; *Contestó con firmeza, como era de esperar*; *Hacedlo así, como se os ha mandado*.

Cuando el antecedente es un sustantivo o el adverbio *así*, de significación incolora, lo más frecuente es que *como* se enuncie sin antecedente: *Ignoraba como había que saludarle*; *Hacedlo como se os ha mandado*.

1. Sobre la igualdad de *donde* y *adonde*, véase Meyer-Lübke, *Introducción a la lingüística románica*, trad. de A. Castro, Madrid, 1926, § 216.

Si el verbo subordinante y el subordinado son iguales, pueden repetirse, pero lo normal es que se enuncie una sola vez: "Si como tardó tres días tardara tres semanas, el caballero de la Triste Figura quedara tan desfigurado que no lo conociera la madre que lo parió" (Quijote, I, 26); Se portó como un caballero [se porta]; Has hablado como [habla] un necio. Si se suprime el artículo y decimos has hablado como necio, rugían como leones, la partícula como pasa a ser un nexo que atribuye un predicado nominal a un sustantivo de la otra oración. Las gradaciones que van entre la repetición del verbo y el sentido que acabamos de examinar, sólo pueden ser determinadas por el contexto, y a menudo es difícil de establecer si, en el pensamiento del que habla, ha habido una oración simple o una subordinación adverbial.

Como se junta a la conjunción condicional si seguida de subjuntivo, formando oraciones intermedias modales y condicionales: Se alegró como si fuese verdad².

El adjetivo cual tiene a veces el significado modal de como: le puso cual digan dueñas; pero este empleo es hoy muy poco corriente.

La preposición según se ha convertido en adverbio conjuntivo modal en frases como me acostaré temprano, según me lo aconseja el médico. Puede, en tales casos, unirse al relativo que formando la locución según que; Se animaban y desanimaban según que las noticias fuesen favorables o adversas³.

La falta de grados de comparación hace enteramente asimilables a este grupo las oraciones que la Academia llama comparativas de modo (417-419). La diferencia entre éstas y las subordinadas adverbiales, consiste, según la Academia, en que en las subordinadas adverbiales, la oración subordinada se refiere a un adverbio o nombre de la oración principal, al paso que en las comparativas se ponen en parangón las dos oraciones. Esta distinción es, en muchos casos, difícil de percibir, y no justifica que separemos en dos grupos oraciones que coinciden en que la subordinada representa una modifi-

2. Véase el estudio de estas construcciones en S. Fernández Ramírez, *como si + subjuntivo* (Rev. de Filología Esp., XXIV, 1937, 372-380).

3. La Academia (416) trae una explicación aceptable de la transformación de la preposición según en adverbio conjuntivo. Enumera asimismo los usos de este último y el de las locuciones según que, según como, según y como y según y conforme.

cación modal de la principal. He aquí los tipos esquemáticos que la Academia estudia. Con ellos verá el lector que no hay motivo para considerarlas aparte de las subordinadas adverbiales:

Así	}	como
bien así		
tal		
tal	}	cual
así		

Ejemplos: Como los ríos van a parar al mar, así nuestras vidas van hacia la muerte; Cual suele armado el furibundo Marte / A la guerra marchar... / ...Tales Iban / Estos dos campeones al combate. (Hermosilla: trad. de La Iliada, 13).

SAMUEL GILI Y GAYA.
Curso superior de sintaxis española.
Ed. Spes. Barcelona. 1955.

FILOLOGÍA Y LINGÜÍSTICA

Cualquiera que sea la proximidad en que se hallan situadas entre sí, por razón de su objeto, filología y lingüística son hoy dos disciplinas diferentes. En último término, la delimitación del campo en que se mueve cada ciencia no depende, en efecto, de diferencias de objeto ni de otra clase de consideraciones teóricas. Desde un punto de vista teórico toda delimitación es peligrosa, pues, sea cual fuere el método con que se emprenda, destruye la conexión natural de los hechos y desemboca en deducciones parciales y exclusivas. Son más bien consideraciones de orden práctico, las que han dado origen a la división del trabajo científico: la imposibilidad en que se halla cada investigador aislado para abarcar al mismo tiempo extensos y variados campos y la dificultad de unir los conocimientos y las dotes que serían necesarias para ello, a la práctica y a la experiencia que exige la aplicación de cada método. Es verdad que el filólogo y el lingüista estudian los dos el lenguaje, pero así como el primero atiende a la expresión

individual vertida en los textos literarios, el segundo se ocupa de los hechos del lenguaje en general, de las normas y de las leyes que lo gobiernan. De esta manera, el filólogo tiende a penetrar en el modo individual de la expresión, mientras que el lingüista ha de extender sus conocimientos a diversas lenguas y tiene que valerse del método comparativo. Esta aplicación del método comparativo al estudio del lenguaje, fué en realidad lo que convirtió a la lingüística en disciplina autónoma durante la primera mitad del siglo XIX, y lo que produjo al mismo tiempo un lamentable divorcio entre esta ciencia y la filología clásica. Es cierto que la filología no se hallaba en condiciones de atender por el momento a los problemas que planteaba la nueva disciplina. Pero no deja de producir asombro el hecho de que se mostrase intransigente frente a los nuevos métodos y se mantuviese apegada a las viejas doctrinas lingüísticas. Esta actitud de la filología clásica trajo a su vez otras consecuencias no menos desgraciadas. El lingüista llegó también a perder contacto con la filología y se mantuvo incomprensivo frente a legítimas pretensiones filológicas. Hoy, al fin, ha ido abriéndose camino la idea de que una y otra ciencia han de esforzarse por establecer la conexión y dependencia que son inevitables entre ambas. La filología, en efecto, no puede prescindir del auxilio de la gramática en su explicación literal de los textos. Y la actividad lingüística, por su parte, como todas las disciplinas que van a buscar sus fuentes en textos literarios, necesita el instrumento de la filología para la recta comprensión y la interpretación crítica de la tradición idiomática. Ahora bien: la ciencia de la antigüedad —que no es propiamente ninguna disciplina, sino una conjunción de las disciplinas más diversas que confluyen hacia un mismo fin, el de abarcar la cultura antigua como un todo— viene a ser el campo en donde la actividad lingüística se encuentra con la filológica para encuadrar y valorar el lenguaje en su conexión indisoluble con los restantes factores culturales.

P. KRETSCHMER.

Introducción a la Lingüística griega y latina.
Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
Madrid.

DEMOCRACIA Y DEMAGOGIA DE LA PALABRA

Las palabras, aparte su función específica de expresar el pensamiento, sirven de vehículo a la emoción y al instinto coordinador de las pasiones sale de cauce intencionalmente, suele sobrevenir una especie de frenesí lingüístico que agita las pobres palabras, sacudiéndoles el sentido en un manoseo nefando del concepto.

Esto sucede cuando la masa se arroga el derecho de pervertir la expresión, sometiendo el vocablo a la tortura de una desnaturalización cívica o moral que tuerce el significado más recto y honorable. Pero en el pecado va la penitencia: cuando las palabras pierden o rebajan el concepto (lo concebido) se convierten defacto en cascarones vacíos, en miserables *flatus vocis*, como esas epifonemas literarias que son el grito, pero no la idea.

Los chinos, buenos catadores lingüales, califican de "vacías" las palabras que no "expresan". Como ocurre con las nueces vanas, esas palabras sirven sólo para el oído, no para el pensamiento: mucho ruido y pocas nueces es frase significativa de mucho pregón y poco concepto...

Si las palabras pierden su contenido dicente y decente; si anulan la genuina dicacidad popular para caer en el descomedimiento incivil, que todo lo depaupera, veremos cómo el mejor de los sentidos morales se enturbia y fenece por falta de apretado consenso público. "Habla, para que te conozca", comenta Gracián, enemigo de fárrago y amigo de la concisión.

Vestir con decencia el pensamiento moral o político es arropar de dignidad la verdad nacional. El lenguaje sólo tolera una desnudez estética: la llaneza que exterioriza el pensar individual o colectivo sin rebajar la calidad de la expresión. Quien habla bien es bello, pone Platón en boca de Sócrates.

Hay palabras que mantienen a través de los siglos toda su fuerza primigenia de evocación docente y dignificadora. Libro y libertad, nacidas de un común germen semántico, no han perdido, ni perderán, no obstante el manoseo insipiente, la idea activa de liberación por la fe en el ideal humano con que fueron moduladas desde los albores de la latinidad.

De raíz tan vieja como la estirpe, nos viene el sentimiento de libertad cuyos beneficios asegura la Constitución, concepto desiderativo popular en nuestras letras:

 Mi gloria es vivir tan libre
 como el pájaro en el cielo

que se compadece con la propia fe de Hernández en la epopeya rústica:

 Y en la que explica mi lengua
 todos deben tener fe.
 Así, pues, entiéndanme,
 con codicias no me mancho;
 no se ha de llover el rancho
 en donde este libro esté...

¿Y no es ésta la misma fe cervantina: "No hay libro tan malo que no tenga algo bueno"? El libro es libertad, y la libertad, el libro de la vida digna.

La democracia de las palabras es la forma colectiva de expresión de ciudadanía y de civilidad; es equilibrio y ponderación de los valores sociales en una pauta de sentimiento armónico, de inteligencia y templanza. Los griegos llamaban a esto *sofrosine*.

En castellano se dice *desbozarse*, para señalar *desvergonzarse*, o sea, perder la vergüenza. La demagogia de las palabras es la *desvergüenza* de las palabras. Es el impudor extremista que "descalza" verbalmente el concepto y lo arredra como cosa mostrenca. Lo mismo en arte que en lingüística, la expresión verdaderamente popular es fuerte resorte de impulso estético. Mas si todo arte es expresión, no toda "expresión" es arte ... como quería Hegel.

Cuando se pretende elevar a la categoría social de honorables ciertas "invenciones" desaforadas de sectores de infima compostura, aparece, como consecuencia de la *descalce* idiomática, el lenguaje desarrapado que ni siquiera se cubre con los paños menores del decoro expresivo. Ésta es la demagogia de las palabras ideológicamente vestidas... con el traje de Adán.

Comúnmente, suele definirse la oración como la expresión de un juicio; mas si el juicio falla en su sanidad lógica, la expresión denunciará consecuentemente la turbiedad propia de un órgano que no crea la función, sino que la perturba. Y

no hay perturbación más dañosa que esta de la palabra que apareja la confusión mental, o sea, el *babelismo* del pensamiento y aun del sentimiento. Cuando, en política, el lenguaje racional cede al impulso emotivo sin contralor de "expresividad" y de medida, cuesta poco al hablante perder los estribos y abismarse en el verbalismo disolvente que halaga el instinto de la masa y estimula en ella la perversión oral, con daño civil irreparable.

El consejo de Sócrates a Critón, en la célebre disputa del diálogo platónico, denuncia la doble falta moral que se comete hablando de una manera impropia: el defecto gramatical en sí, y otro peor: "el daño que se causa a las almas".

La palabra impropia no es expresión; es aberración. Las formas aberrantes del idioma tienen unas veces origen en la tendencia ingénita del vulgo, que trastrueca los elementos sintácticos y los reduce por mera economía fisiológica; en otros casos obedecen a un instintivo sentimiento de inferioridad social cuya expresión es, por lo común, evidencia de desorden interior. La mala palabra, lanzada como grito social, es un fenómeno psicopatológico que trae en su intencionada deformidad la génesis del *caos*, que quiere decir confusión. Los pueblos caen por su lengua, según una vieja sentencia. Es decir, que por la corrupción de la palabra se anuncia la disolución de los principios sociales. Cuando Dios quiso castigar en los hombres su soberbia, bastóle con confundir su lenguaje. Y por entonces nadie dijo palabra inteligible en la tierra.

AVELINO HERRERO MAYOR.

LIBROS Y REVISTAS

JOSÉ MARÍA VALVERDE, Guillermo de Humboldt y la filosofía del lenguaje. Editorial Gredos, Madrid, 1955.

Este décimoquinto volumen de la serie "Estudios y ensayos" de la Biblioteca Románica Hispánica contiene un ensayo que da título a la obra, seguido de una selección, hecha por el mismo Valverde, del libro fundamental de Humboldt acerca de la teoría del lenguaje: *Sobre la diversidad de estructura*

del lenguaje humano y su influjo en la evolución espiritual de la humanidad. Todo lector interesado en la cuestión lamentará que no se haya dedicado el espacio total del volumen a la versión del escrito de Humboldt, un texto pleno de magníficas sugerencias que marca una época en la historia de la lingüística. Porque de lo que está de veras necesitada la cultura de habla española, en éste como en cualquier otro dominio, es de un mayor contacto con las obras magistrales del espíritu europeo, y por cierto que, tanto por el ambiente ideológico que expresa como por su influencia en las concepciones posteriores, incluyendo las de nuestro propio tiempo, la del humanista alemán es de aquellas que deberían haberse incorporado a la bibliografía de nuestro idioma.

Estas consideraciones serían inoportunas si no fuera porque, es preciso decirlo, el estudio preliminar de José María Valverde adolece de tantos y tales defectos, que se hace prácticamente inutilizable. Lo único que lo valida —y ello implica por sí solo toda una objeción— es la frecuente transcripción de pasajes del autor comentado; por lo demás, es un trabajo impreciso, incluso mal escrito, que no da una idea cabal del tema. De manera que la exégesis de Humboldt sigue siendo casi inexistente en español. (Anotemos, de paso, que la página que le dedica Thomsen en su difundida *Historia de la lingüística* podría ser bastante más informativa, aun dentro de límites tan estrechos).

Es innegable la gravitación de las ideas humboldtianas en el desarrollo de las concepciones del lenguaje de los últimos 150 años. Hasta cabe preguntarse si las disciplinas que abordan el problema lingüístico (la psicología entre ellas), en sus manifestaciones más recientes, han comprendido del todo y explicitado convenientemente las poderosas intuiciones del pensador alemán. Quizás las haya perjudicado, al menos para una observación superficial, la doble vertiente a que manifestamente responden: la filosofía kantiana y esa indesconocible conmoción que fué el romanticismo, dos movimientos que, con excesiva ligereza, es hoy habitual declarar cancelados. Pero lo que importaría ver es cómo Humboldt corrige las exageraciones del formalismo kantiano y de la mística exaltación romántica, haciendo que ambas tendencias se limiten mutuamente. Es probable que así se llegara a percibir en su obra el esfuerzo por dominar un conflicto que, en último término, reaparece en toda problematización de la cultura pen-

sada con radicalismo: la oposición de los derechos respectivos de la universalidad racional y de la cálida, inaprensible realidad del sentimiento.

En esta nota no haremos sino destacar una tesis de Humboldt que Ernst Cassirer ha puesto de relieve mejor que nadie, a saber: la observación, cargada de incalculables consecuencias filosóficas, de que el lenguaje no se reduce a expresar, a verter al exterior las ideas y las emociones humanas, sino que, además —y de ello deriva su significación esencial—, contribuye de un modo decisivo a modelar las actitudes intelectuales y emocionales del ser que lo utiliza. Por lo tanto, se desconoce su función más eminente cuando se lo ve sólo como un medio para comunicar un material conceptual previamente constituido, como si la expresión viniera a añadirse a una realidad psíquica ya existente. El lenguaje es, sin duda, un medio, un instrumento; pero es un instrumento que re-obra sobre quien se sirve de él. Es un caso de acción recíproca, no de producción unilateral. La experiencia distintivamente humana, el mundo como un sistema de "objetos" y no ya de meras impresiones sensibles, debe sus rasgos más característicos a la existencia de los símbolos lingüísticos, que, al dar nombre a las cosas, las invisten de una significación espiritual. Hay un universo específico del hombre por virtud de esta peculiar estructura que media entre lo objetivo y lo subjetivo. El *dictum* popular, según el cual, el hombre es el animal que habla, muestra así una dimensión insospechada.

Para decirlo con palabras del mismo Humboldt, que vale la pena citar *in extenso*:

"La actividad subjetiva forma en el pensamiento un objeto. Pues ningún género de representaciones puede ser considerado como una mera visión de un objeto ya existente. La actividad del sentido debe unirse sintéticamente con la actividad interior, y de este enlace brota la representación, se convierte en objeto frente a la potencia subjetiva y regresa a ésta, tomada ahora como tal objeto. Para esto el lenguaje es imprescindible. Pues al abrirse paso en él el impulso espiritual a través de los labios, su creación regresa hacia los propios oídos. La representación se traslada así a objetividad real, sin sustraerse por eso a la subjetividad.

"Esto lo logra sólo el lenguaje, y sin ese traslado, a que coopera el lenguaje, aun transcurriendo en silencio, hacia la objetividad, qué vuelve hacia el sujeto, es imposible la formación del concepto y, con ello, todo verdadero pensar. Sin

atender ahora a la comunicación entre hombre y hombre, el lenguaje es una condición necesaria del pensamiento del individuo en soledad cerrada" (páginas 109-110, de la selección de Valverde).

Y más adelante, agrega:

"Como sin el lenguaje no es posible ningún concepto, sin él tampoco puede haber para el espíritu ningún objeto, pues todo objeto exterior sólo por medio del concepto adquiere entidad plena ante el espíritu. En la formación y el uso del lenguaje transcurre necesariamente todo el proceso completo de percepción subjetiva de los objetos (...) El hombre se rodea de un mundo de sonidos para asumir en sí el mundo de los objetos y elaborarlo.

"Estas expresiones no sobrepasan en modo alguno la medida de la simple verdad. Primordialmente, y aun exclusivamente, puesto que la sensación y la acción dependen en él de sus representaciones, el hombre vive con los objetos tal como el lenguaje se los trae. Por el mismo acto por el que se despliega de sí el lenguaje, se envuelve en él, y cada idioma tiende en torno del pueblo a que pertenece un círculo que sólo le es posible traspasar en la medida en que entra en el círculo de otro" (páginas 113-114).

La terminología ha envejecido; la psicología intelectualista que corre a través de las palabras que acabamos de transcribir tiene que parecernos ahora demasiado unilateral. Y, sin embargo, el principio afirmado en ellas conserva aún todo su valor. El lector encontrará un desarrollo consecuente del punto de vista de Humboldt a este respecto, enriquecido con los aportes de la psicología y la psicopatología nuevas, en el ensayo de Cassirer *El lenguaje y la construcción del mundo de los objetos* (en el volumen colectivo *Psicología del lenguaje*, editorial Paidós, 1952).

E. PUCHET.

LUIS F. IGLESIAS, *La Escuela Rural Unitaria*, tomos I y II. Ediciones pedagógicas, Buenos Aires, 1957.

Cuidadosamente impreso e ilustrado este libro nos introduce en la realidad de la experiencia didáctica que ha dado ocasión al autor de conocer al vivo al niño campesino y de reunir con acierto educativo las ideas y formas de enseñanza

elegidas, posibles de conciliar con los hechos reales y concretos de la escuela rural unitaria argentina. Ésta, la nota distintiva del libro que Luis Iglesias ofrece a los docentes de las escuelas rurales, en procura de una guía que les ayude a cumplir y superar su acción.

Tras una rápida descripción objetiva de la escuela en la que se realizaron las experiencias que se detallan en capítulos subsiguientes, subraya el autor como característica esencial del sistema, la libertad de acción que se asegura a los alumnos mientras se cumple la enseñanza. Un programa de posible adaptación al medio, dentro del real problema de la escuela rural unitaria, con diferentes grados en una sola aula y un solo maestro, permite conocer la labor realizada y expuesta con satisfacción legítima, ya que es posible verificar en la lectura de las expresiones personales del alumno, el aprovechamiento progresivo, al correr de las jornadas.

Si bien no puede señalarse un método exclusivamente personal, reconocemos la lúcida interpretación acerca de las ideas y experiencias de los autores elegidos y la oportunidad de su publicación en momentos en que la escuela del trabajo ha cobrado tanto impulso.

Ponderable esfuerzo el de reunir todos los recursos realizables en una obra orientadora, cálidamente pedagógica, que dejará —como el autor advierte— "todas las zonas de la convivencia escolar abiertas a las posibilidades creadoras, vengan del niño o de su maestro".

Expónese al educador un programa práctico, con material ordenado, que ha de llevar al educando, para adquirir en las múltiples circunstancias ofrecidas y dentro de los límites conquistados, la máxima información y saber. Es plan de acción que ya en los primeros grados encauza por el manejo de las fichas, tarjetas y demás material de enseñanza; por medio de temas que desarrollan la observación y la investigación, que ejercitan en la formación del lenguaje, y agilizan en la expresión gráfica y el color. Método sencillo y natural que a manera de entretenimiento prepara al autodidacto, que hacia el tercer año de la enseñanza se introducirá con pasión en actividades ya más sistemáticas que exigen la reflexión y el razonamiento. Enfrentado con la realidad, el autor sabe adaptar también a su ambiente, el horario. Al preferir entre otros el criterio de Petersen, reparte sus clases en dos períodos de trabajo con un descanso intermedio. Es interesante la información sobre el empleo del tiempo utilizable en la enseñanza

de las distintas actividades y las ventajas que la experiencia ha podido notar con relación a los horarios. Completa y perfecciona el horario escolar, la creación de un séptimo curso de postgraduados, de libre concurrencia a la escuela, para reforzar la instrucción y preparar el ingreso a la escuela secundaria.

En el capítulo que dedica a explicar su técnica de trabajo, acentúa la importancia de la enseñanza visual, que como sabemos sintetiza en el dibujo, el diagrama, el esquema, los conocimientos que se aportan. El material gráfico contenido en el fichero para uso de los distintos grupos es, con sus láminas, fotografías, rotograbados, mapas y los guiones, de uso intensivo en el aula, necesario y práctico, ya que pone en plena actividad a la escuela desde la iniciación de la clase. Con clara comprensión de la utilidad que ello ha de reportar, anota los principales detalles sobre este material, su uso, la graduación elegida y sus ventajas, su utilidad. Destaca como muy eficaz la aplicación del guión o cuestionario con las indicaciones escritas, necesarias a la realización del trabajo y recomienda su ejercitación ya desde los comienzos de la enseñanza para que el niño aprenda a manejarse con desenvoltura.

La reproducción de algunas páginas del "diario de ruta", que consigna las experiencias que se realizan, pone rápidamente al lector en contacto con la eficiente labor de esta escuela. El mismo fin cumplen las unidades de trabajo que se transcriben, las que además consideramos recurso práctico para orientar al maestro y descubrir sugerencias.

Este método, presentado por su autor en una sucesión de clases prácticas, incluye también la anotación referente al trabajo del alumno —una vez elegido el material gráfico y los guiones—, consistente en la lectura y estudio de los mismos, actividad efficacísima que promueve el diálogo y la consulta con el grupo. El estímulo del esfuerzo individual ha permitido superar la ayuda del guión, ejercitando la independencia personal que se expresa en el manejo de los juicios del estudiante, en la búsqueda de nuevos datos y conocimientos por la consulta del diccionario, el manual, la revista, el libro.

También se analiza en la obra el problema de la expresión oral. Señálase como solución la intensificación de los resúmenes de noticias y lecturas, la narración de cuentos a los grados inferiores, la rendición del balance de las tareas realizadas por los responsables de biblioteca, laboratorio, comisión

de finanzas, taller y museo, con los correspondientes comentarios, críticas y defensas; informes orales individuales o colectivos; monografías con temas distribuidos entre los componentes del equipo y expuestos a la clase, a un grupo o al maestro. Fácil es darse cuenta cómo estos medios ejercitan el razonamiento, la adquisición y el dominio de la palabra.

En capítulos aparte, se explica el aprendizaje de las matemáticas, de la lectura-escritura, la expresión escrita, la expresión plástica, de la lectura y literatura, historia, ciencias naturales, cine, música, juegos y otras actividades.

El capítulo final remarca algunos aspectos de las actividades estudiadas y presenta como una conquista del sistema adoptado, la aplicación de otra ciencia, la crítica, que suavemente dirigida se aplica a todo el aprendizaje.

ELVIRA ZINGONI.

MAURICE SCHÖNE, *Vie et Mort des Mots*. Presses Universitaires de France.

Nos dice el autor en su Introducción: "Las palabras, expresión de la vida material y espiritual de los hombres que viven en sociedad, traducen y vuelven inteligibles al grupo social los movimientos del pensamiento y del corazón. Son la manifestación constante de toda la vida humana. Las examinaremos en este sentido. No nos remontaremos a su primer origen. Asistiremos a su vida metafóricamente".

Serán objeto de su estudio, exclusivamente las palabras en uso dentro de la lengua francesa. Tomará las palabras desde su nacimiento y las seguirá durante "su vida" hasta determinar aquello que se ha llamado "estado civil de las palabras". Señala la complejidad de esa "vida" en los siguientes términos: "Cualquier palabra, verbo o sustantivo, variable o invariable, no es un fenómeno simple. Su existencia es compleja porque figura en la lengua de un pueblo civilizado, a la vez bajo su forma hablada y escrita. Asimismo, si fuera sólo hablada, no sería más que una forma sonora (como ocurre en los grupos humanos que ignoran la escritura, o que no la practican) y aun sería un fenómeno completo (aunque en otro plano).

"El hablar tiene utilidad a condición de representar una idea, un sentido idéntico para el que habla y el que escucha". Señala triple vida para cada palabra: 1) Es un sonido o más propiamente un conjunto de sonidos, cuando es hablado y entendido; 2) Expresa una idea (abstracta o concreta) que debe ser la misma para el que escucha y el que habla; 3) Escrito o impreso, es un conjunto de signos (puede sin embargo, estar formado por un solo signo, una letra); y bajo esta forma debe aún establecer una identidad momentánea entre el que lee y el que escribe.

Estos aspectos dan origen a conocimientos distintos en el campo científico: lo fonético, gráfico, morfológico y semántico.

La obra se desenvolverá casi exclusivamente a través de la semántica. Consta de tres partes fundamentales dedicadas a examinar el ciclo vital de las palabras: nacimiento, vida y muerte. Bosquejaremos esta trayectoria singular, siguiendo fielmente los fundamentos de que se vale el autor.

El nacimiento de la palabra está considerado a través de tres problemas fundamentales; en el vocabulario heredado analiza el vocabulario primitivo: "Los etimologistas han identificado tres grupos de aportes: latino, galo y germánico. Pero como son por vocación insaciables de rastros, se han remontado más allá de los galos, germánicos y del latín mismo, hasta la época lejana del indoeuropeo con el cual han podido reconstruir la gramática (A. Meillet). Habían demostrado ya que el germánico, el galo y el latín, pertenecen a una misma familia de lenguas, cuyo tronco común es llamado "indoeuropeo". En consecuencia, partiendo de una palabra francesa actual, para remontarse a las diferentes formas conocidas hasta las más primitivas, habrá que llegar a su prototipo latino y dar su etimología. Estudia la forma escrita y sus peligros, considera que la forma escrita ha tenido y tiene gran influencia sobre la vida de las palabras. Dicha forma es cambiante, mudable de una época a otra. La ortografía en un comienzo guardó correspondencia con la fonética, en el sentido de que cada signo (o letra) correspondía a un sonido de la lengua; luego quedó en muchos casos rezagada ante la evolución fonética.

El desenvolvimiento de la imprenta a fines del siglo XV, contribuyó a complicar la forma ortográfica. Reconoce la autoridad de lo que llamamos "la cosa escrita". Ella consagra

de alguna manera la forma escrita que reproduce, crea una tradición, un "conformismo" a veces en contra de todo buen sentido. Aunque la necesidad de una reforma es urgente en el idioma francés, resulta muy difícil su ejecución, pues romper con una tradición implica siempre un desorden.

Cita la evolución fonética de los prototipos latinos, como factor que desfiguró un gran número de palabras, que se tornaron irreconocibles, sobre todo para quienes desconocían las leyes de la evolución. Además de las transformaciones fonéticas, sufrieron otras semánticas. Al traducir del latín al francés, los escritores de los siglos XIV y XV, se encontraban detenidos por palabras latinas en desuso. Ellos las afrancesaron. Nacieron así palabras nuevas de las cuales muchas tenían ya su doble en el francés heredado. Ésta es una de las categorías de los llamados "dobletes". Haciendo una división de la formación popular y culta, veamos uno de los muchos ejemplos existentes: latín, *Captivum*; francés popular, *chetif* (s. XII); francés culto, *captif*.

El segundo problema fundamental a través del cual considera el nacimiento de la palabra es "lo adquirido". Divide el caudal de adquisiciones en dos grandes grupos: el referente a las lenguas extranjeras, en que compara el contacto con los países vecinos con el fenómeno físico de ósmosis, en el cual siempre el país más civilizado, lógicamente aporta mayor caudal en dicho intercambio. Existe tendencia a formar un vocabulario internacional, favorecido por la actividad de la prensa en todos los países, y por la radio. Con cada idea u objeto nuevo, se introduce la palabra que lo designa. Como cada lengua tiene su sistema fonético particular, es necesario hablar de las condiciones de adopción y adaptación ante una palabra nueva. Inversamente a lo que ocurría antaño, es la vía escrita la más frecuente para introducir la palabra nueva; una de sus consecuencias es el desplazamiento del acento tónico. Cuando llega por vía oral, el acento tónico permanece en la sílaba donde estaba originalmente. Una misma palabra extranjera puede tomar en francés dos identidades diferentes, si entra por ambas vías sucesivamente.

Al referirse a los aportes de las lenguas especiales, llama "lengua especial" al vocabulario particular de un grupo interior al grupo nacional. Se trata del vocabulario especial que desarrolla cada profesión, oficio, y en general lo que concierne a la industria y al comercio en su técnica; la vida

política, religiosa, deportiva, las distracciones (teatro, conciertos, cine), imprimen ciertos hábitos de acción y pensamiento que les son comunes y que poseen un vocabulario apropiado como medio de expresión. El aporte es únicamente referente a palabras, nunca gramatical o sintáctico. También los "argots" funcionan en el mismo plano que las lenguas técnicas.

Los grupos citados son abstracciones que tienen realidad sólo para el lexicólogo. Existen otros, netamente localizados: los que hablan un dialecto, al mismo tiempo que el francés, que poseen un vocabulario, gramática y pronunciación propios.

El autor completa la primera parte del libro con el análisis de las creaciones indígenas. Entiende por tal, las palabras que la lengua crea en su modalidad con sus propios recursos: composición y derivación. "Creo que la preferencia del francés por la derivación, no es un hecho meramente lingüístico. Es la manifestación en el dominio del lenguaje de una tendencia general del espíritu siempre cuidadoso de la lógica y del análisis. El sujeto que habla francés deriva, más que compone, porque ama el silogismo, y está dispuesto a deducir de lo general, lo particular, teniendo constantemente en el espíritu la unión de las cosas, las ideas y los hechos".

Por otra parte nos afirma: "La creación o la adaptación francesa de una palabra extranjera es pues preferible a la importación literal y ciega".

Analiza "la vida de la palabra" en su dualidad de materia y forma. La "vida material" se fenomenaliza a través de una doble forma: oral y escrita. Cronológicamente la palabra es anterior a la escritura. La adquisición de las palabras al realizarse por vía oral recibe diversas influencias: a una falsa pronunciación del que habla, corresponde una recepción falsa para el que escucha; por otra parte la pronunciación evoluciona de una generación a otra; la pronunciación, que es consecuencia de una audición defectuosa, origina diversas formas: la caída de la sílaba final (apócope), o de la primera (aféresis). Por otra parte, estos fenómenos son practicados conscientemente por especialistas, en el vocabulario técnico, en los "argots", etc. La llamada "cosa escrita" oficia de única norma para su público. Se tiende siempre a permanecer conservador, cuando no reaccionario. Sobre todo en cuanto a la gramática de especial importancia para el francés, ya que el vocabulario le otorga mayor libertad con los neologismos y transformaciones semánticas.

Los valores que puede reunir una palabra la determinan en su sentido, especie y función. Cada uno de estos aspectos delimitan su valor semántico, gramatical y funcional, respectivamente; tienen valor relativo y su sentido se justifica por el contexto.

El fundamental principio de cambio a que sometemos a una palabra es obligarla, al menos momentáneamente, a su primer sentido. Esto es consciente sobre todo en el dominio literario. A esta actitud debemos incalculable riqueza de medio de expresión. "Las cosas y los hechos no imponen eso que la psicología llama "asociación de ideas" y puesto que las palabras son la expresión de las ideas, aquéllas ocasionan las asociaciones de palabras". Se puede seguir paso a paso la evolución de un gran número de palabras que son como el tejido de nuestra historia y que fueron cambiando de contenido a través de los años. Estudia la *metáfora* como fenómeno de condensación, en una sola palabra, de una comparación; la *sinécdoque* estrechamente ligada al fenómeno lógico de la extensión y comprensión de los términos; el cambio *semántico*, motivado por los sucesos históricos, la vida social, la moda, que inciden sobre las palabras, constituyen las manifestaciones más importantes del cambio significativo de las palabras.

Conciernen los cambios de valor gramatical a la especie de la palabra, a la función, género y número. La mayor parte de estos cambios da un valor semántico particular a la palabra que los ha sufrido. En la última parte del capítulo considera los fenómenos que llama de *supervivencia*, para aquellas palabras que han llegado a nosotros con un sentido casi "tabú" como: sexta, tercia, nona, en sentido litúrgico; y de *cristalización* como por ejemplo el verbo "savoir", hoy en uso, que se ha "cristalizado" con el sentido de "pouvoir" y solamente en el condicional, en la expresión "je ne saurais vous dire".

"Es casi imposible enumerar, aunque sea aproximativamente, el vocabulario de una lengua o de un usuario cualquiera de esta lengua, sobre todo si se trata del idioma nacional". Es necesario distinguir entre las palabras de que se sirve el sujeto que habla y las palabras que comprende. Parecería natural que la palabra desapareciera cuando la cosa que designa cae en desuso; sin embargo los hechos demuestran lo contrario. La palabra "atome" registrada desde el siglo XIV,

representaba para su creador un contenido muy distinto al que le otorgan los sabios actuales. Otro factor importante de la duración de las palabras es su aptitud para tomar muchos sentidos, su polisemia.

Vivificando el esquema dado, los ejemplos se suceden con fluidez palpitante para conducirnos a la esencia misma de la lengua francesa.

MARÍA COLOMBA BOLAÑOS.

EDOUARD WILL, *Doriens et Ioniens*. París, Les Belles Lettres, 1956.

E. Will es un investigador del pasado preclásico de las comunidades helénicas, que maneja con idéntica seguridad las fuentes históricoliterarias y las fuentes arqueológicas. Este trabajo que lleva por subtítulo "Ensayo sobre el valor del criterio étnico aplicado al estudio de la historia y de la civilización griegas", es una tesis complementaria a su investigación sobre los orígenes de la tiranía corintia, que tuvo un principio de difusión en su artículo "Tiranía y conciencia étnica en la Grecia arcaica" (1950). Los problemas suscitados por Will se refieren a ciertas condiciones intrínsecas del mundo griego, que remontan a la época lejana de las migraciones, y a ciertos elementos capitales en la confrontación de lo griego y de lo oriental en la franja de la colonización jónica. En un primer capítulo, titulado "Posición del problema", Will hace una reseña especialmente de los trabajos alemanes a partir de K. O. Müller y su famoso libro sobre los dorios (1824), y destaca el valor que debe darse a la terminología, usada por esa crítica. El intento de establecer diferencias fundamentales entre las estirpes helénicas, diferencias que reaparecerían luego en las condiciones culturales y políticas de la Grecia clásica, es sucesivamente enjuiciado por Will, en sus diversas etapas, para destacar la ausencia de toda fundamentación científica. En el capítulo segundo, "Individualismo jónico, disciplina dórica", Will analiza precisamente una de esas distinciones tradicionales, que califica de "falsas ideas claras". Quizá el autor acentúa demasiado la influencia de la evolución económica sobre el orden social y político, y abre en forma un poco ilicita el camino de una interpretación ideológica para la cultura

griega. Pero en general se deben aceptar las puntualizaciones de Will, en lo que atañe sobre todo a la significación superior de la unidad griega y a la imposibilidad de derivar caracteres políticos y sociales, a partir de pretendidos caracteres raciales, fáciles de identificar en los ethnoi helénicos. Pero no se trata de huir de Escila para caer en Caribdis, es decir, no se pueden combatir ciertos presupuestos racistas en la interpretación de lo griego, con el esquema de una dialéctica económica que es en el fondo resultado de otra mentalidad, desde lo griego. De paso observamos que la afirmación de Hermann-Wedekind en *Die Anfänge der griechischen Grossplastik*, 1950 (Los comienzos de la gran plástica griega), sobre el hecho de que la conquista plástica de la figura humana en tamaño natural corresponde a la afirmación literaria de la personalidad individual, es importante para señalar el itinerario común de lo griego. El mismo autor advierte que los primeros vasos de autor identificable por su firma, a partir del siglo VII, proceden no de Jonia, tenida por patria de la conciencia individual, sino del área argivo-corintia. Sea ello como hubiera sido, lo cierto es, afirma Will, que si las primeras manifestaciones de un individualismo griego se perciben en Jonia, sería demasiado simple atribuirles a una tendencia atávica y profunda de los jonios. El individualismo griego brotó por primera vez en Jonia, porque las ciudades jónicas constituían un medio complejo, en el orden político-social, económico, religioso e intelectual; un ámbito en que el hombre, antes que en la Grecia propiamente dicha, fué llevado a confrontar las concepciones griegas con concepciones extrañas a lo helénico, y por allí a interrogarse sobre la naturaleza de las cosas y sobre su propia naturaleza humana. El atavismo étnico nada tiene que ver con esto. El famoso individualismo jónico, considerado como un hecho étnico originario, sólo es pues una invención de los modernos (páginas 25-26). La misma conclusión puede obtenerse al examinar el medio político y social. Desde este punto de vista, Mazarino en su obra *Fra oriente e occidente* ha demostrado que el espíritu individualista y el espíritu social —Will lo llama impropriamente "colectivista", aunque advierte en una nota la resonancia extraña de la denominación— se encuentran durante la época arcaica en todas las ciudades griegas, tanto en Jonia como en la madre patria. Precisamente uno de los aspectos fundamentales en la cuestión de la estructura de la ciudad helénica es

el resultado de la tensión entre ambas direcciones. Uno de los productos más originales de la civilización arcaica griega es en el fondo la solución dada a la tensión entre individuo y colectividad, lo que se llama el espíritu agonal. El espíritu agonal procede de la transformación del individualismo heroico homérico y su incorporación al marco y a las exigencias de la polis aristocrática. En el capítulo tercero, Will analiza el problema "Tiranía y conciencia étnica" (página 35 y siguientes). La tiranía de la época arcaica ha sido vinculada con la noción de *ethnos*, según cuatro perspectivas que en el fondo son cuatro aspectos de una misma afirmación, a saber, que la tiranía habría sido un régimen específicamente jónico. Esas cuatro perspectivas, enumeradas por Will, son: 1) La tiranía se origina por la influencia de la Lydia sobre el área jónica; 2) Los jonios habrían sido los primeros en conocerla; 3) En los países dóricos, los tiranos habrían propiciado una política antidórica; 4) Ello se explicaría por el hecho de que esos tiranos habrían conquistado el poder apoyados en una reacción profunda, de carácter democrático, llevada a cabo por los descendientes de la población predórica, contra los descendientes aristocráticos de los invasores dorios. Para las dos primeras afirmaciones, Will remite a las refutaciones de Mazarino, y se limita a analizar las dos últimas cuestiones de la crítica moderna. Para este análisis, Will está particularmente dotado por su conocimiento de las fuentes de la Grecia preclásica, y por lo mismo este capítulo resulta la sección más importante del libro. Con el capítulo cuarto, "Ausencia de una verdadera conciencia étnica en la literatura griega", el autor intenta una somera revisión de las fuentes literarias en lo que concierne al planteamiento del asunto. Su propósito es señalar que tal conciencia no aparece por ningún lado en la literatura griega, si se exceptúa una aparición por lo demás tardía, con la significación de una genealogía erudita. La distinción étnica fué desconocida para Homero, quien por lo demás parece ignorar todo lo que se refiere a los dorios. Luego de referirse a Tirteo y a Theognis, pasa Will a Píndaro, en quien se encuentra con cierta frecuencia el término *dorio*, cuyos textos han servido de base a la argumentación de K. O. Müller, y en especial la cuarta estrofa de la Pítica I. Pero Will, por un reexamen del texto, procura señalar la falta de consistencia en la interpretación germánica a partir de Müller. Sin embargo, es preciso puntualizar, contra la opinión de Will, que el asunto es en Píndaro más complejo, si lo vinculamos con el

problema de sus fuentes. En este caso, pierde interés saber si Píndaro incluyó de intento una distinción étnica no atestiguada hasta entonces. Lo que cobra significación es la posibilidad de que las fuentes del gran lírico, especialmente las fuentes religiosas, incluyan ciertos elementos referidos a viejas tradiciones étnicas, cuya resurrección erudita puede haber despistado a Müller. Habría pues que distinguir dos aspectos: la libre elaboración de Píndaro, que no puede ser desde luego fundamento suficiente, contra la opinión de Müller; las fuentes del poeta, hacia las que debemos orientarnos por los indicios de su obra. Will pasa revista sucesivamente a Heródoto y a Tucídides. Destaquemos que en este aspecto la argumentación de Will nos parece más convincente, y hasta cierto punto definitiva, y no estaría de más que se tuvieran en cuenta estas páginas esclarecedoras para evitar equívocos ulteriores en la crítica. En el espíritu griego —concluye Will— dos fuerzas operan en sentido contrario al desenvolvimiento de una conciencia étnica: por un lado, el hecho de la comunidad helénica en el seno del mundo bárbaro; por otra lado, la existencia de la ciudad. De estas dos fuerzas, la primera determinaba que el marco étnico coincidiera con los límites del mundo griego, y la segunda creaba una suerte de repliegue y de partición dentro del *ethnos* helénico. Ello se advierte en la historia de la lengua griega. Aristófanes es el autor que nos permite asir de modo muy nítido, en el dominio político, esta doble tendencia. En él ninguna alusión a distinciones étnicas. Son las ciudades las que se enfrentan, y es Grecia entera la que corre grave riesgo ante tales conflictos. Will recurre especialmente a textos de los Acarnienses, de la Paz y Lisístrata. El capítulo se cierra con una crítica muy certera a la obra de Popper sobre Platón, *The open society and its enemies I, The spell of Plato*, 1945. Según Popper, la república platónica sería un estado racista, cuyos dirigentes obtendrían sus prerrogativas, fundados en un derecho de conquista ejercido por sus antepasados. Popper sostiene además que Platón considera, como caso histórico concreto, el de Esparta, sobre cuyos orígenes debieron existir, en ese momento, tradiciones muy precisas. Hacia el fin del siglo V aparece sin duda la idea de una oposición entre dorios y jonios, pero de una manera muy superficial, limitada a ciertos argumentos de propaganda política. El capítulo quinto es fundamental dentro de la estructura del trabajo reseñado. Titúlase "Criterio étnico y análisis arqueológico" (página 75 y siguientes). Algunos autores —dice

Will— admiten que el antagonismo, latente o visible según los períodos, entre elementos étnicos dóricos y jónicos, tendría su correlato en un antagonismo entre arte dórico y arte jónico. Cada *ethnos* habría sido portador de un carisma estético determinado. Will critica, desde este punto de vista, los trabajos de Schachermeyr, y se detiene en el problema de los orígenes del arte geométrico. Es incontestable, dice Will, que en la cerámica y en la plástica geométricas es preciso ver las primeras manifestaciones de un arte propiamente griego, en oposición al arte creto-micénico. Es asimismo evidente que el arte geométrico denota una oposición profunda a todo lo que le precede. El contraste entre el arte geométrico y el arte micénico exige una explicación. Ahora bien, como el arte protogeométrico y el arte geométrico florecen al término de un período de violentos contactos raciales, parecería lógica la hipótesis de atribuir la aparición de tales manifestaciones estéticas a la entrada de un nuevo elemento étnico, es decir, el dórico. Conze fué el primero en emitir dicha hipótesis, en 1870, y desde ese año ha sido ampliamente discutida. En general, se excluye en la crítica moderna todo vínculo causal entre las invasiones dóricas y el estilo geométrico. Las objeciones son tanto de orden externo como interno. A las primeras corresponde la comprobación de que el área de expansión de ese estilo no coincide en absoluto con la de los dorios. Pero más importante son las conclusiones de un análisis estilístico de la forma geométrica. El estilo geométrico de los vasos griegos representaría la culminación de una modalidad, visible ya en las transformaciones que los artistas de Grecia continental imponen a los temas de procedencia minoica-cretense. Se puede discernir una suerte de espíritu de abstracción y construcción, opuesto a la actitud objetiva y naturalista del arte cretense. Sin embargo, es dable observar cierta perduración del criterio étnico en investigadores de importancia indiscutible. Tal por ejemplo el caso de K. Schefold, quien mantiene, aunque moderadamente, el vínculo entre dorios y arte geométrico. Más extremada resulta la posición de F. Wirth, quien en el intento de separar, en forma excluyente, lo oriental y lo helénico, considera el arte geométrico el documento más probatorio de que Grecia se aparta y se libera de la influencia oriental. Para Wirth, el arte creto-micénico no constituye, de ningún modo, el primer capítulo del arte europeo, sino el acto final de la expansión de oriente hacia Europa. Todos estos problemas se hacen más complejos, cuan-

do se estudian dentro de una perspectiva étnica y especialmente si consideramos el período que lleva del arte geométrico a la época arcaica, de influencia oriental. Es preciso admitir, sostiene Will, que los problemas de evolución y de influencia ceramicográfica no resultan aclarados a la luz del criterio étnico. Lamentablemente ese mismo criterio ha sido aplicado también al estudio de la plástica, y especialmente para el caso de la figura humana. Desde el punto de vista de ese criterio, habría una solución dórica y una solución jónica. Contra tales exageraciones, es evidente que hay una plástica griega centrada, en todas las zonas geográficas del mundo griego, en la observación del cuerpo humano, y cuyo progreso corre paralelo con la observación moral del hombre y con su emancipación social y política. Las diferencias entre la franja jónica y el continente dórico no son suficientes para romper el carácter de esa unidad, sobre todo si la confrontamos en bloque con los elementos y las formas del arte plástico oriental. Es verdad que la plástica griega del clasicismo debe más a las escuelas del Peloponeso dórico que a las de la Jonia asiática. Pero de ello no es lícito concluir que la escultura griega, occidental, sea un resultado del temperamento dórico, como grupo étnico puro. Will examina las supuestas condiciones intrínsecas del dorismo plástico, para considerar luego otros aspectos y zonas del arte griego, cuyo contraste permite superar, a juicio de Will, ese criterio étnico. El capítulo concluye con una referencia al problema arqueológico del Ática. Will analiza un trabajo de Schefold, que estudia la evolución del arte ático en la época de la tiranía y la subsiguiente. El artículo ha sido publicado en la revista *Museum Helveticum*, III, 1946, páginas 59-93. Lamentamos que Will no haya consagrado al caso de la arquitectura griega un desarrollo más amplio. La extensa nota de páginas 97-98 señala, indudablemente, con gran claridad las dimensiones del asunto. En éste se puede observar, mejor que en las otras artes, una confluencia de caracteres fundamentales de lo griego, no negados en la división de las estirpes, pese a la designación tradicional de los órdenes arquitectónicos. El libro concluye con un resumen de los resultados más importantes, que a juicio de Will imponen una cauta reserva en todo lo que atañe a la valoración estética y espiritual desde el punto de vista étnico. En general el libro se presenta con extraordinaria claridad y mesura. Las ideas de Will sobre el contacto y la influencia de oriente en la Hélade no son sin embargo suficientemente

explícitas. Y éste es un tema que queda insensiblemente subyacente —e intocado— a lo largo de todo el desarrollo crítico. Una conclusión se impone sin embargo: el criterio étnico es insuficiente para explicar la estructura interna del mundo helénico, y por lo mismo debe ser utilizado con intención siempre prudente y clara.

CARLOS A. DISANDRO.

VÍCTOR MASSUH, *América Como Inteligencia y Pasión*, Tezontle, México, 1955.

Colección de algunos ensayos ya publicados es este libro, en el que se siente la vibración de América como tierra de fuertes luchas ideológicas y de encontradas pasiones. Los seis ensayos que componen la obra, especialmente los dedicados a Eugenio María de Hostos y José Martí, sirven al autor para entablar un diálogo con la circunstancia americana, tendiente a penetrar en ella desgarrando estructuras aparentes para implantarse en la raíz de su destino histórico.

En el primer ensayo —“Hostos y el Positivismo americano”— Massuh interpreta la vida de Eugenio María de Hostos como “ensayo vital”. Hostos sintió la responsabilidad de su quehacer americano y buscó por el camino de la interioridad, afirmar la autonomía del hombre. Comprendió que la auténtica revolución sería una revolución espiritual; por ella, dice Massuh, “se verá a América convertida en el drama interior de un hombre”. También Juan Bautista Alberdi proclamó en el Prefacio del “Fragmento Preliminar al Estudio del Derecho” la urgencia de una conquista espiritual: “Nuestros padres nos dieron una independencia material; a nosotros nos toca la conquista del genio americano... Nos resta que conquistar, sin duda, pero no ya en sentido material. Pasó el reinado de la acción; entramos en el del pensamiento. Tendremos héroes, pero saldrán del seno de la filosofía... La inteligencia americana quiere también su Bolívar, su San Martín”.

América se liberaría mentalmente —según Hostos— valorizando la “interioridad humana”; así se tendría la imagen del “hombre completo”. Hostos, “hombre interior”, proyectó

la revolución producida en sus entrañas hacia la entraña americana y se sintió árbitro del destino futuro del hombre hispanoamericano. En la lucha entablada consigo mismo para coordinar las oscuras tendencias que latían en su alma y el afán de claridad que dominó su espíritu, concibió la imagen del “hombre completo”, en armonía con su interioridad y su contorno social, para superar la estrecha visión positivista de lo humano.

Al terminar este ensayo, Massuh resume en pocas líneas el sentido preciso de su pensamiento ante la problemática suscitada por la vida y la obra de Eugenio María de Hostos: “Completar al hombre, armonizar sus líneas, darle plenitud, acabamiento, asegurar para la vida del espíritu el contenido de la cultura una y eterna, parece ser, en estos momentos, el único desafío viril y patético a un mundo dividido que sólo atiende a los llamados de su destrucción”.

El segundo ensayo de la obra —“El Activismo Creador de Martí”— nos enfrenta con la personalidad esclarecedora del gran cubano, y digo esclarecedora porque su estudio permite abordar con limpidez la realidad americana. Massuh destaca “la proyección religiosa de su activismo” por el cual, la liberación de su tierra debía comenzar por la liberación del sí mismo de cada hombre. Martí eligió para Cuba el camino del sacrificio, encendiendo con su destino heroico la llama de la libertad. Su “política cordial”, de gran contenido moralizante, aunó las fuerzas telúricas de lo nativo con el luminoso bucear del intelectualismo occidental, haciendo sensible el alma americana a las “razones del corazón”. Martí creó desde lo más íntimo de sí mismo al “hombre entero” que soñó para América, buscando la plenitud de la vida por la plenitud de la acción.

Massuh ve en Martí, en su destino histórico, un momento de la gran tensión espiritual en que lo eterno ha dejado sus huellas en la historia americana.

En el tercer ensayo que se titula “Agonía y Espíritu de Síntesis” el autor manifiesta su profesión de fe americanista: “Insistir en una voluntad de síntesis, es procurar elevarse sobre la desdichada actualidad”. Voluntad de síntesis que se presenta como el intento de superar las limitaciones del hombre agónico de nuestro tiempo, del que son representantes filósofos como Kierkegaard, Nietzsche y Unamuno. Podríamos decir que Massuh, aunque no lo exprese textualmente, aspira

al hombre armónico, no unilateralizado por ningún exceso dionisíaco o apolíneo, sino integrado espiritualmente por el reconocimiento de una continuidad histórica y cultural. Entre los que aspiraron al hombre armónico e hicieron por construirlo están José Martí, Eugenio M. de Hostos, José Enrique Rodó, Antonio Caso, Saúl Taborda, José Vasconcelos, Pedro Henríquez Ureña, Alfonso Reyes y Juan Larrea. Massuh culmina su ensayo, aspirando a "una sabiduría de la integración espiritual, porque el hombre es un cosmos, una medida, un conjunto".

El cuarto ensayo —"Dos Caras del Conocimiento de América"— considera dos enfoques distintos de la realidad hispanoamericana: el subjetivista del Conde de Keyserling y el objetivista del dominicano Pedro Henríquez Ureña. Son dos actitudes que, aunque antinómicas, fructíferas ambas y, en última instancia, necesarias para la comprensión de lo americano. Por la primera, América es vivida en la interioridad de los creadores, es captada y modelada en profundas intuiciones personales. "América es una vivencia para la cual América misma resulta prescindible". Por la segunda, América será su historia cultural y el objetivismo de Ureña se opondrá al subjetivismo de Keyserling. "Henríquez Ureña poseía una prodigiosa formación estética y, sin embargo, ninguna de sus precisiones culturales se efectuó a espaldas de una vigilancia metódica".

El quinto ensayo —"América entre la Naturaleza y la Historia"— es como una continuación y una clarificación de lo que está esbozado en el ensayo anterior. La perspectiva de Keyserling fué naturalista y la de Ureña historicista. Keyserling utilizó categorías aplicables al reino natural; Ureña trabajó con categorías culturales. Massuh asume esta última posición porque piensa también que América "es historia". "Henríquez Ureña se decidió a ser memoria de la cultura en un continente que olvida con facilidad lo que el hombre ha ganado al abrupto imperio de la naturaleza". Keyserling y Ureña reconocieron la originalidad como elemento constitutivo del fenómeno cultural americano. De esta nota, Massuh va en busca de "nuestra expresión", aquella que sin mengua del consabido respeto y asimilación de lo europeo, nos diera la medida de nuestro ser cultural. "Afirmarnos, también, en una voluntad de decencia, en la posibilidad del juego autónomo de las energías espirituales".

En el último ensayo —"La Lucha Contra el Olvido"— el autor nos ubica ante la obra de Francisco Romero, "Sobre la Filosofía en América", que presenta como el testimonio de una voluntad histórica de lucha contra el olvido; lucha por rescatar los nombres de americanos ilustres que fueron ejemplos de saber y de moral.

América Como Inteligencia y Pasión puede ser leída con provecho por todo el que sienta la pasión de América y quiera hacer más inteligible esa pasión en el encuentro con figuras que, como las estudiadas han sentido y comprendido la realidad hispanoamericana.

ADOLFO DOZO ROMERO.

J. IMBELLONI, *La Segunda Esfinge Indiana*. Hachette Buenos Aires, 1957.

El arqueólogo es un científico más proclive que ningún otro a resbalar hacia el dominio ilimitado y seductor de la fantasía, espoleado por la embriaguez de la pasión que aventaja el afán de sostener una tesis preconcebida. Ello conduce con frecuencia a extraños desvaríos razonados que ponen a contribución prodigios de lógica impecable, de sutiles sofismas y argumentos nacidos de insólita fecundidad imaginativa. Si añadimos los recursos de un bien abastecido arsenal de erudición, cabe suponer a qué sorprendentes resultados puede arribarse. Otro tanto sucede en menor escala con la etnografía, paleontología, antropología y otras ciencias, superándolas la arqueología tal vez por sus proyecciones artísticas y culturales. En todos estos dominios se han levantado montañas de papeles con barruntos más o menos fundados y estructurados, con un peso que comienza a aplastar aun a los especialistas, de suerte que ha llegado el momento de hacer una selección de las teorías más plausibles, particularmente en el predio americano, donde proliferan las hipótesis más hiperbólicas bajo el estímulo de la indolatría. En un voluminoso libro, lujosamente editado por Hachette, titulado *La Segunda Esfinge Indiana*, J. Imbelloni hace un cuidadoso tamizaje basado en un sobremanera erudito y cauteloso análisis racional en vez de conjeturas sobre conjeturas.

El autor expone las numerosas y variadas teorías sobre los movimientos migratorios hacia América, las que atribuyen los más dispares orígenes a los primeros pobladores, asignándoles antepasados tan heterogéneos que comprenden habitantes de todas partes del globo, tales como polacos, hebreos, africanos, españoles, polinesios y otros, sin olvidar siquiera a los moradores de la Atlántida, opinión muy difundida entre los cronistas de la Conquista, explicable por el predominio del pensamiento platónico en el Renacimiento. A esta cuestión Imbelloni ha dedicado una obra aparte. El núcleo de la que nos ocupa lo constituye el enigma de la génesis de la civilización que encarnan las ruinas de Tiahuanaco en la región del Titicaca, las que implican un alto desarrollo social y cultural que algunos suponen ser el manantial de los del resto de la América Precolombiana. Cossío del Pomar ha realizado un admirable intento de captar su esencia al través de la intuición artística, pero él mismo declara que ello no levanta el velo que envuelve su eclosión. Sus finas asociaciones artísticas y teológicas, al par que los denominadores comunes que en este último predio se han ido discerniendo recientemente, no aportan sino eso mismo, al tiempo que asientan la evidencia de una evolución paralela de la conciencia humana. La cuestión invade incluso el terreno geológico; tan profunda resulta su penetración en el pasado. Apunta Imbelloni la atracción singular que ejerce Tiahuanaco en la búsqueda de fechas increíblemente remotas, a pesar del descrédito en que estima ha caído Posnansky. Admite, sin embargo, que ninguna razón científica ha aparecido para dirimir la vieja disputa entre los que proponen una antigüedad modesta y los que, en cambio, sostienen cifras hiperbólicas. Se permanece indeciso entre los cien años antes de la Conquista, los quince siglos que asigna Uhle y los trece mil años de Posnansky. Mas, afirma que no hay motivos para mantener que en América el hombre produjera sus mejores creaciones antes de las que fueron menos perfectas.

Dada la extrema pobreza actual del suelo, no cabe pensar que surgiese allí una civilización de la envergadura de la de Tiahuanaco, a menos que fuese abastecida desde lugares muy distantes, cosa inconcebible con los medios de comunicación entonces existentes. De allí la teoría geológica de un considerable cambio de altura, apto a variar las condiciones climatológicas, hipótesis insostenible, según las reservas formula-

das por su propio autor, Markham. Los restos de grandes animales que allí se han encontrado no justifican la pretendida existencia de una vegetación forestal en aquel período, según pretendió Posnansky. El autor señala, por otra parte, la opinión de los que afirman que la región no es tan árida; para Ogilvy es la zona más húmeda de la altiplanicie, con una diferencia notable de vegetación en las orillas del lago. Enumera las distintas arquitecturas orientadas y no orientadas en la franja relativamente reducida Maya-Quiché, basándose en autoridades reconocidas. Luego indica que "si en 1920 la perpendicular a la pared Oeste del Kalasasaya no ha coincidido con la sombra del sol durante el equinoccio, describiendo en cambio un ángulo de 65 minutos y medio, quiere decir que ese mismo ángulo lo ha descrito en los instantes equinocciales de 1900, del año de la Revolución Francesa, del año del Descubrimiento de América, y si suponemos ya levantada la pared, también en el año del paso del Mar Rojo por los hebreos fugitivos". Esto nos trae a la mente el copioso fárrago de extrapolaciones racionales, geométricas y astronómicas elaboradas en torno a la posición, la forma y las dimensiones de la Gran Pirámide, poniéndonos en guardia contra los desvaríos cientifzantes de los arqueólogos. De allí la salutífera reserva de Imbelloni sobre las implicaciones de los supuestos rostros de lechuza y hombres barbados de las esculturas de Tiahuanaco, que responden tan sólo a motivos técnicos, así como en torno al presunto foco, barruntado por los hermanos Wagner, en el Chaco santiagueño, floreciendo en "época remotísima una civilización tan elevada, que desempeñó la función de centro... para todas las civilizaciones que surgieron sucesivamente en el suelo de América y del Mundo Antiguo". En cuanto a la vastedad del supuesto período abarcado, el ensayista hace hincapié en la escasa edad de la civilización, con la pervivencia en pueblos tan cultos como el griego y otros posteriores de prácticas y ritos bárbaros. Compara, por otra parte, en el predio del arte iconográfico, los monstruos con los caninos y la lengua salientes, comunes al arte de Grecia, India, Java y toda América, destinados a ahuyentar al enemigo. El riguroso examen crítico de Imbelloni tiene el carácter de una provechosa llamada al orden.

MARCELO POGOLOTTI.

COMENTARIOS Y EXTRACTOS DE REVISTAS

Atti del III Congresso Internazionale di Estetica. Edición de la "Rivista di Estetica" del Instituto de Estética de la Universidad de Turín. Del 3 al 5 de setiembre de 1956 se realizó en Venecia este Congreso. Paulino Garagorri presentó un trabajo titulado "Nota sobre la estética de la conducta", del que publicamos este fragmento:

"Es de sobra sabido que el pensamiento filosófico de nuestro tiempo ha situado el norte de sus preocupaciones en el cuadrante de las acciones humanas y del hombre mismo. Fiel a esta inspiración en la que figura como promotor y adelantado, sugería Ortega y Gasset una conversión de todas las disciplinas que suelen agruparse bajo el nombre problemático de Ciencias del Espíritu en estudios de Humanidades. Ciertamente, no se trata en ellas sino de cosas que el hombre ha hecho, de huellas de acciones humanas. El olvido de esta raíz vital y, en consecuencia, de la génesis y justificación de tales precipitados históricos, es causa decisiva de que figuren aún como parientes pobres en la gran familia de la Ciencia.

"Esa orientación de la Filosofía tiene su influjo en la Estética, en cuanto ésta es provincia de aquélla. Pero no intento aludir en las contadas líneas de esta nota a esa posible renovación de la Estética que consiste en advertir, como dato inicial, lo que las creaciones artísticas tienen de huellas humanas, de impronta de vidas desaparecidas y sin cuya evocación suficiente la reliquia que es la obra de arte no se nos revela íntegra, como un escenario vacío no basta para que comprendamos el drama que allí se ha representado. Quisiera, muy al contrario, dirigir la atención hacia otro carácter de las acciones humanas que no lleva el propósito de persistir en un resultado que las prolongue, sino que nace y muere con el mismo vivir.

"El hombre hace ciencia, hace poesía, hace ciudades, hace instrumentos, fabrica cuanto hoy vemos y no había en los tiempos remotos del hombre primitivo que están tan cerca... El hombre hace muchas cosas pero también y sobre todo se hace a sí mismo. La creación ineludible de todos los hombres es la de su propia vida. Con los materiales que le presta la

circunstancia histórica y con los dones personales de que él se encuentra dotado construye, va creando la figura de su vida, la extraordinaria o humilde biografía que todos tenemos. Y en esas acciones humanas, en su conducta y con independencia de sus finalidades, hay una posible cualidad estética que obedece a un arte de vivir, sin duda el más ignorado y secreto de todas las artes, y cuya materia no es cosa ninguna sino el sí mismo sucesivo, la vida en que cada cual se va haciendo, realizando".

Revista de Educación, Año XVI, números 67-68. Ministerio de Educación Pública de Chile.

Leemos en esta revista un artículo de Waldemar Cortes Carabantes sobre El liceo nocturno en Chile, del que transcribimos los párrafos sobre métodos e integración del liceo nocturno en la comunidad:

"MÉTODOS. — Después de realizar clases durante un año en un liceo nocturno y luego de observar clases de muchos colegas, hemos llegado a la conclusión de que es necesario reducir al mínimo la aplicación del método meramente expositivo y el de la recitación, tan frecuentes en la enseñanza diurna. El primero, basado en la conferencia que dicta el profesor, determina que los alumnos escuchen, tomen apuntes y, de vez en cuando, los repasen. Nada más. No hay posibilidad de discusión, de cambio de ideas entre el profesor y los alumnos, ni de creación personal. El alumno es pasivo. Parece adormecerse. El segundo procedimiento consiste en que el profesor asigna lecciones de un texto oficial. La clase consiste entonces en comprobar, mediante preguntas, si los alumnos han estudiado la lección y en explicar uno que otro detalle que los alumnos no hayan comprendido bien. Aquí el texto oficial es la autoridad máxima. Al final, si los alumnos unen a una pequeña, mínima comprensión una feliz memoria, pueden estar seguros de ser aprobados.

"Creemos nosotros que el método de unidades, empleado con éxito en los liceos experimentales, es el que debe tener preferencia en la enseñanza secundaria nocturna. Entre las dos variedades del método mencionado —unidades de contenido y

unidades de experiencias— la primera es la más adecuada para gente que no dispone de tiempo libre. “El método de unidades de contenido se emplea cuando el programa de la asignatura está organizado alrededor de temas que constituyen los núcleos de estudio. Ejemplo de unidad de ciencias sería: “Los usos industriales del oxígeno”.

“Finalmente, recomendaríamos el método de proyectos y el de problemas. Ambos permiten atender los intereses individuales y promueven la actividad creadora del alumno.

“En cuanto a la enseñanza individualizada con sus planes de tareas individuales, plan de estudios dirigidos y plan de contratos, creemos que los dos primeros se prestan para ser aplicados en la enseñanza secundaria. De hecho, la instrucción individualizada se puede ofrecer con cualquier tipo de unidad o método.

“En suma, el estudiante nocturno reclama, con justa razón, una atención técnica similar a la que gozan los alumnos de los liceos experimentales. En cuanto a métodos, quisiera únicamente que los educadores recordaran los principios elementales que rigen la metodología, a saber: 1. El aprendizaje será más eficaz si el alumno tiene el “aprestamiento” necesario para aprender; 2. El aprendizaje será más efectivo cuando las experiencias educativas sean satisfactorias y el estudiante sienta que está alcanzando metas valiosas; 3. La repetición y el ejercicio son más eficaces cuando tienen significado y corresponden a una necesidad sentida; 4. El aprendizaje es más eficaz cuando las situaciones del aprendizaje se relacionan con la vida en forma tan realista como sea posible; 5. El aprendizaje será más efectivo cuando el estudiante adquiera confianza en su habilidad y desarrolle actitudes favorables hacia los buenos hábitos personales y de trabajo y una correcta apreciación de ellos; 6. El aprendizaje será más efectivo cuando el medio contribuya positivamente a la situación de aprendizaje; 7. El aprendizaje será más efectivo cuando las experiencias de aprendizaje sean tales que el alumno llegue a comprender las relaciones que ellas tienen entre sí; 8. Las situaciones de aprendizaje serán más eficaces cuando las experiencias se adapten a las necesidades, la capacidad y a los intereses de los alumnos; el aprendizaje será más efectivo cuando esté de acuerdo con las necesidades fundamentales de los alumnos; 9. El aprendizaje será más efectivo cuando las situaciones de aprendizaje estén libres de tensión e interferencias; 10. Las experiencias de aprendizaje

serán más eficaces si se adaptan al desarrollo normal de los estudiantes; 11. El aprendizaje será más eficaz en las situaciones en las que participen a satisfacción los alumnos en el planeamiento y en el aprendizaje. (Principios tomados de la monografía “Métodos y técnicas”, de Thomas Risk).

“INTEGRACION DEL LICEO NOCTURNO EN LA COMUNIDAD. — Tratándose de planteles nocturnos, debido al alto porcentaje de adultos, no cabe la organización de asociaciones de padres o apoderados. La razón es obvia: primero, por la avanzada edad de los padres y, segundo, porque sólo en contados casos el apoderado no es el mismo alumno. Pero ello no significa que no puedan existir asociaciones de otro tipo y con finalidades parecidas a las de padres o apoderados. Desde luego, lo esencial en este caso sería la participación del mismo adulto que se educa en reuniones con propósitos tales como cooperar con el plantel; planear programas extraescolares; ayudar económicamente al mantenimiento del local, de bibliotecas, etc., proveer educación y asistencia social a la comunidad; estimular las actividades culturales de la región, etc.

“Algunos recursos para fomentar una mayor integración del liceo nocturno con la comunidad podrían ser los siguientes:

- a) Constituir comisiones compuestas por miembros de la comunidad, alumnos del liceo y profesores para estudiar y resolver problemas comunes (alimentación, agua potable, conservación de recursos naturales, porvenir ocupacional del obrero y empleado, etc.);
- b) Celebración de actos culturales en el liceo, representaciones de obras teatrales, deportes, programas musicales, conferencias, etc., a los que se invitaría a las autoridades de la comunidad. Esto se realiza actualmente en contados establecimientos nocturnos;
- c) Realización de trabajos prácticos por parte del alumno, correspondiente a sus cursos y de acuerdo con la índole de su trabajo. Éste se planearía, de acuerdo con los intereses del alumno y de acuerdo con las finalidades de la firma o industria, en el seno mismo de ésta;
- d) Programas de radiodifusión a cargo de alumnos y profesores;
- e) Publicación de diarios murales y de revistas;
- f) Realización de cursillos breves destinados a los miembros de la comunidad”.

Revue anthropologique. Nouvelle série, N° 3, París, 1957. De esta revista, órgano del Instituto internacional de Antropología, editada con el concurso del Centre national de la Recherche scientifique, traducimos un fragmento del artículo de Ch. Gerber, director de la revista "Vie et santé", titulado: El lugar de las frutas en la alimentación moderna:

"Los frutos representan una fuente interesante de vitaminas, sobre todo de vitaminas hidrosolubles. Las vitaminas son "alimentos" puramente funcionales, que contribuyen sobre todo a asegurar al organismo sus procesos vitales. No participan en la formación de la materia viviente, pero conservan las funciones de cada célula. Sirven de "activadores" de los prótidos, de los lípidos y de los glúcidos, de los cuales ellas preparan y activan la combustión. Se las ha comparado justamente a la chispa producida por el magneto en un motor a explosión. Son, pues, indispensables para la vida de los organismos animales, ya se trate de su crecimiento, de su conservación, de su resistencia a las agresiones o de su reproducción.

"Los frutos no contienen prácticamente las vitaminas liposolubles (A, D, E, K), pero encontramos en ellos la provitamina A (que el hígado transforma en vitamina A). El damasco muy particularmente, y también la banana, la guayaba amarilla, el mango, el melón cantalupo, la papaya, la naranja, la fresa, la palta, la ciruela, son ricas en provitamina A. De este hecho, los orejones de damascos y las ciruelas secas devienen fuentes interesantes de vitamina A y favorecen el crecimiento.

"Las frutas deben sobre todo ser apreciadas como proveedoras de vitaminas hidrosolubles. Como fuentes de vitamina B₁, es necesario mencionar el ananás, la almendra, la castaña, la mandarina, la avellana, la uva, la banana, la grosella negra, la cereza, el dátil, la manzana, etc., y para la vitamina B₂, el durazno, la almendra, la pera, la uva, la mandarina, la palta, la grosella negra, el higo, la naranja, el durazno, la ciruela, etc. Las dos vitaminas (B₁ y B₂), cuya importancia conocemos para la vida del sistema nervioso y para el equilibrio nutritivo interior, se encuentran útilmente asociadas en la manzana, la cereza, la uva, el durazno, la pera, la ciruela, la grosella, la naranja, el limón, la banana, la palta, el dátil, la almendra, la nuez, la avellana, el damasco, la castaña, etc.

"En calidad de proveedoras de vitamina C (ácido ascórbico), las frutas son particularmente preciosas. En primavera, de soldadura de primer orden.

"La vitamina C es por excelencia una "vitamina de defensa". Sabemos que interviene en las oxidaciones celulares y en los procesos de crecimiento, y que estimula las reacciones del organismo en su lucha contra las infecciones microbianas. Su ausencia trae como consecuencia, entre otros, el escorbuto, una alteración del estado general, una disminución notable de las capacidades de esfuerzo físico e intelectual. Es necesario un aporte constante y regular de vitamina C, pues el organismo es incapaz de tenerla en reserva. En tanto que las cantidades diarias necesarias para las otras vitaminas no pasan jamás de los 4 a 5 miligramos, es necesario 60 miligramos de vitamina C al niño de 8 años, 100 miligramos al adolescente, 75 miligramos al adulto, 100 miligramos a la mujer grávida y 150 miligramos a la mujer en el período de la lactancia.

"No es posible reemplazar la vitamina C por otra vitamina.

"Esta preciosa vitamina C se encuentra sobre todo en los vegetales. El perejil, las arvejas, el berro, los repollos, el puerro, las espinacas, las cebollas, las papas (en otoño) nos las proveen, pero tenemos interés en buscarla también y sobre todo en ciertas frutas. La cereza de las Antillas, la azufaifa o juyuba y el fruto de la actinidia chinensis están superabundantemente provistos. En nuestros países, busquémosla en el fruto de la eglantina, en la grosella, en el limón, en la naranja, en la frambuesa, en la fresa, en el ananás, en la cereza, para no mencionar más que los frutos más ricos... El niño hasta los cinco años y el anciano, cubren sus necesidades de vitamina C con una naranja por día; le hacen falta dos, al niño a partir de los cinco años, al adolescente y al adulto, y tres al trabajador de fuerza y a la mujer grávida.

"Señalemos que un fruto puede ser rico en cierta vitamina y no poder siempre sostener la comparación con otro fruto menos favorecido en lo que a esto concierne. Así, la grosella es 50 veces más rica en vitamina C que la uva, pero la uva —de todos los frutos incontestablemente el mejor y uno de los más completos— contiene muchas más vitaminas B₁, B₂ y P que la grosella; es 50 veces más rica en glúcidos.

"Es evidente que deben tomarse ciertas precauciones para la preservación de la vitamina C, cuyo enemigo principal es el oxígeno, y que el consumo de frutas crudas, con su piel, con la condición de quitarles toda impureza, es la mejor manera de apropiarse íntegramente su contenido de ácido ascórbico".

LA REDACCIÓN.

NOTICIAS Y COMENTARIOS

LA DIGNIDAD HUMANA, FUNDAMENTO ESENCIAL DE LA LIBERTAD

Dentro del marco de la cultura occidental, se observa actualmente una tendencia generalizada a justificar el principio de la libertad individual. Muchos pensadores se quedan, sin embargo, a mitad de camino. Sólo hay un medio, y éste consiste en fundamentar sólidamente el concepto de la dignidad del hombre.

Advertimos en el ser humano una nota distinta que le confiere muy particular nobleza y dignidad: su condición de persona.

Se llama persona a un ser que subsiste en sí, a una substancia completa, de naturaleza inteligente y libre, que constituye un todo independiente.

"Se da el nombre de persona, afirma Maritain, al principio espiritual que en el orden del ser totaliza los elementos constitutivos del compuesto humano unificándolos, y en el orden de la acción viene a ser el principio responsable de los actos humanos".

En virtud de su personalidad, el hombre es la más perfecta de las criaturas del mundo visible. No es solamente un individuo, una unidad que ocupa en el tiempo una porción determinada de espacio en medio de una multitud de otras unidades, sino también una persona dotada de entendimiento consciente y voluntad libre, de responsabilidad y capacidad de derechos y deberes. Su grandeza reside toda entera en

la realidad del espíritu, en la conciencia que se afirma frente al mundo como una instancia independiente. En virtud del espíritu poseemos un reino personal, fundado en la libertad, con normas y directivas propias.

Un ser que produce acciones espirituales debe poseer un principio espiritual que sea causa eficiente de esas acciones, puesto que se obra conforme a lo que se es, ya que el obrar es el natural despliegue del ser. Ahora bien; el hombre produce acciones espirituales; conoce las cosas inmateriales; sólo percibe de los objetos materiales los tipos de ser abstractos y universales que ellos realizan, comprende y afirma en el juicio la identidad material de dos ideas y en el raciocinio el nexa lógico entre el consiguiente y el antecedente; la relación sutil de los números en el cálculo matemático. Además, la voluntad del hombre tiende a la felicidad y a bienes inmateriales, como el deber, el sacrificio, la ciencia. La naturaleza de esos objetos y el modo de conseguirlos, ambas cosas inmateriales, suponen unas operaciones y una actividad inmateriales, espirituales. Luego el hombre es, al menos parcialmente, un ser espiritual; en otros términos, hay en él un elemento substancial, un alma espiritual.

La persona humana tiende espontáneamente a un desarrollo armónico de su ser, a un auténtico desenvolvimiento de su personalidad, pues como ser dotado de inteligencia y voluntad, posee aspiraciones de plenitud, de perfeccionamiento dentro de la órbita de su naturaleza.

La actividad específicamente humana se presenta "libre" y, como tal, multiforme, capaz de modificar en un sentido o en otro la propia realidad intrínseca y la del mundo circundante.

La libertad para el ser inteligente consiste en que no estando la actividad interna de su voluntad inclinada de modo necesario a tal acto determinado, el ser inteligente es árbitro del acto que él elige de por sí, siendo, en consecuencia, responsable del mismo. El entendimiento propone los bienes concretos, los motivos de obrar y los medios de lograr esos bienes concretos, y la voluntad pone término a ese previo estado de indecisión con una resolución, con una elección que fija el último juicio práctico.

Como la voluntad, en virtud de su inmaterialidad, se halla abierta a lo infinito, no se encuentra vinculada a ningún objeto finito sino que es libre frente a éstos. No puede ser

determinada por medio de ningún bien finito. Es, por lo tanto, libre, no sólo en el sentido de que se decide espontáneamente sino también porque, aun en el caso en que se cumplan todas las condiciones para la acción, puede obrar o dejar de obrar.

Vemos, pues, que para obtener un concepto cabal de la libertad, debemos adentrarnos en lo interior del hombre y dar su verdadero valor a los fenómenos de la conciencia.

El mundo moderno necesita, ante todo, reconstruir el principio de la libertad como base de todo el orden moral. El hombre de hoy debe salir al encuentro del concepto de libertad, captarlo en todo su sentido espiritualista y reinterpretarlo, adaptándolo a las necesidades de la hora actual. No es éste uno de tantos problemas filosóficos sino el problema por excelencia que ha constituido siempre el fondo de todas las filosofías. Las ideas se combaten con las ideas. El concepto materialista de la vida sólo puede vencerse mediante otro concepto. El núcleo de este conflicto de ideas no es ni más ni menos que el hombre mismo. ¿Quién es el hombre?

¿Cuál es su destino sobre la tierra? ¿Qué papel desempeña en el conjunto del universo? De las respuestas que demos a estas interrogaciones dependerá nuestro concepto de la libertad, todo nuestro destino y el de las futuras generaciones.

La libertad gusta de vivir en compañía de noble linaje. Cuando se la elimina o se la expulsa como una carga demasiado molesta por los deberes que implica, simultáneamente la justicia es desconocida y vilipendiada, la dignidad humana escarnecida, y desaparece todo cuanto constituye nuestra razón de vivir. Ser hombre libre supone dar a la libertad su significado de derechos y deberes, realizando un esfuerzo cotidiano, una ardua tarea que discipline nuestra voluntad y vaya modelando nuestro carácter.

Sólo conserva claro sentido del deber quien está siempre dispuesto a luchar en defensa de sus derechos.

ENRIQUE BONFANTI.



LO CONCRETO Y LO ABSTRACTO

Todo el mundo comprende, o al menos todo el mundo cree comprender, lo que se quiere decir cuando se habla de concreto y de abstracto. El azul del cielo, que contemplo en este momento de la mañana, es un dato concreto del que el espíritu se separa cuando forma las ideas del azul en general o del color. Lo concreto será lo sensible, que para los pueblos niños como para los mismos niños se confunde con lo real. Pero, si la civilización moderna se constituyó definitivamente sobre las ruinas de la cosmología medieval, es a partir del momento en que con Copérnico y con Galileo devino cierto que el universo de Aristóteles y de Ptolomeo, en que el globo radiante del Sol gira alrededor de la Tierra, es falsamente concreto; se resuelve en apariencias engañosas, en fantasmas inconsistentes, que fué necesario disipar para llegar hasta el contacto con un mundo al que convendrá auténticamente el calificativo de concreto, pues es el universo de la verdad.

El Sol del cual los astrónomos llegaron a precisar las dimensiones y la masa, evaluar las temperaturas desde las capas superficiales hasta las regiones centrales, no es otra cosa que un sistema de ecuaciones, que posee sin duda una conexión en los datos sensibles, pero del que se ha ido liberando progresivamente y termina por desafiar todo esfuerzo de representación figurada. En él permanece la marca del genio humano que supo horadar la nebulosa de ilusiones a las que el instinto realista parecía habernos condenado para siempre. "Es necesario no olvidar —gustaba decir Max Planck—, que la masa de Neptuno fué medida antes que ningún astrónomo percibiera el planeta en su anteojo". Es que, en efecto, como lo observa Sir Eddington en su estudio sobre el Universo en expansión, "no hay, en lo que concierne a los cuerpos celestes, hechos de observación pura. Las medidas astronómicas son todas, sin excepción, medidas de fenómenos que suceden en un observatorio o una estación terrestres; no es sino gracias a la teoría que esas mediciones fueron traducidas en conocimiento de un universo exterior".

Los descubrimientos que, desde hace tres siglos, se despliegan, al ritmo acelerado del laboratorio, sobre el mundo,